

EL DINERO Y SU INFLUENCIA SOBRE LOS YE'CWANA

Un problema concreto de aculturación: la introducción del sistema monetario, medio indispensable para todo desarrollo económico, repercute gravemente en los valores culturales de un pueblo primitivo.

EL viejo sueño de los comunistas de abolir un día el dinero acaba de ser reafirmado por Fidel Castro. "Es necesario demistificar el dinero", ésta es una de las condiciones indispensables para que reine el paraíso sobre la tierra. Sólo el futuro dirá si este sueño es realizable o no.

Para nosotros los cristianos, en todo caso, ésta es una de las pruebas más evidentes de que el hombre, en definitiva, no se mueve más que por la idea de la felicidad. "Nadie puede servir a dos maestros, Dios o el dinero", dice el Evangelio, "porque amaré a uno y odiaré al otro". Es evidente que en el uso abusivo del dinero y en todo el contexto que lo rodea se descubre uno de los signos más palpitantes de la presencia del mal. Hay toda una mística del dinero que es el signo de la lucha entre el bien y el mal.

Por otra parte, recordando la frase de León Bloy: "el dinero es la sangre del pobre", es necesario insistir en todo sentido en el hecho de que el dinero, por sí mismo, no es instrumento ni del bien ni del mal. El hecho de su uso universal, desde que el hombre se separó de la vida puramente tribal, debe hacernos reflexionar con realismo: el dinero es un medio universal de intercambio de utilidad evidente, probablemente inerradicable en tanto el hombre viva en sociedad sobre la tierra. Y, por otra parte, nosotros los cristianos sabemos que el paraíso no existirá jamás en la tierra y que la sed de bien no puede ser totalmente satisfecha sino en Dios.

JUAN FRANCISCO NOTHOMB, de los Hermanitos del Evangelio (Ch. de Foucauld), desde 1963 en la Misión de Santa María de Erebató (Estado Bolívar); entre 1956 y 1963, según el espíritu de su congregación, trabajó como obrero en Bélgica, Francia, España y Alemania.

JUAN FRANCISCO NOTHOMB

¿Qué sucede con las sociedades primitivas que hasta ahora no han conocido jamás el uso del dinero y que, estando en pleno proceso de aculturación, descubren repentinamente como medio de cambio? Nuestra experiencia a este respecto se reduce a cinco años de presencia entre los Ye'cwana del alto Erebató, que en el momento de nuestra llegada no sabían contar y conocían el dinero de una manera extremadamente reducida, y menos aún el mundo de lo que él representaba en el desarrollo de la vida humana. Es inútil insistir aquí sobre el momento clave que la transculturación significa para los primitivos, con todos sus peligros de traumatismo profundo, sin contar todas las pérdidas probables de valores indudables. Y se puede afirmar sin temor de equivocarse que el dinero es uno de los factores más importantes en esta aculturación. Tratemos, por tanto, de ver qué factores nuevos introduce el dinero.

Para empezar, el dinero es anónimo: para decir en Ye'cwana "esto me pertenece", la traducción literal es "yo lo fabriqué". Esto tiene una resonancia profunda en el alma Ye'cwana, cuya lengua traduce aquí perfectamente la psicología. Cada hombre y cada mujer es capaz, desde la más temprana edad, de fabricar todo lo que necesita para vivir: todo al alcance de la mano; lo único que necesita es su trabajo y su habilidad, que le ha dado la naturaleza. A pesar de los dones diferentes y el carácter de cada uno, esto establece entre los miembros de la comunidad una igualdad fundamental. Y puesto que cada objeto es personal, es realmente *mi* cosa, yo la reconozco entre todas, lleva *mi* marca de fábrica.

Pero el dinero, y particularmente el papel moneda, no es más que el signo de un valor, y de un valor puramente convencional. Entre los Ye'cwana, el intercambio comercial existe en una escala muy vasta, en la cual se encuentran todas las leyes habituales de la oferta y la demanda, con las fluctuaciones normales, según las necesidades, las distancias geográficas y otros factores semejantes. Pero el sistema de intercambio por trueque es un sistema verdadero, en el cual cada objeto es presentado y entregado según su valor real, concreto y no convencional. El papel moneda no tiene otro valor que el que se le quiera poner; en nuestro sistema monetario actual, su valor real es insignificante, sólo el del papel. Y, por otra parte, con las devaluaciones ese mismo valor convencional ya no corresponde realmente a la verdad.

Por otra parte, el dinero, bajo su forma actual de papel moneda, permite un uso extremadamente simplificado. Su peso es prácticamente nulo y su empleo muy fácil, siendo un medio de cambio de una simplicidad absolutamente inaudita, especialmente en el sistema de transferencia mediante cheque bancario. De aquí nacen algunas consecuencias de importancia: una cantidad grande de dinero puede ser envuelta y ocultada sin dificultad en un sitio reducido y en un lugar seguro, al abrigo de todas las miradas extrañas. Y desde el momento en que se desarrolle no sólo el espíritu de economía, sino el de especulación, estos detalles materiales favorecerán enormemente el hábito. Y otra consecuencia: en una sociedad en donde no existía prácticamente, el hurto va a hacer su entrada. Inútil insistir en el hecho de que es extremadamente fácil robar papel moneda una vez que se sabe que éste o aquél lo poseen y que se está decidido a todo esfuerzo para descubrir dónde se esconde. Con el robo, la desconfianza hace su entrada y las puertas de las casas comienzan a ser cerradas con llave, lo cual, en una sociedad primitiva, en donde todo prácticamente es común, significa un cambio de envergadura. Es inútil insistir en la imposibilidad práctica de robar y, sobre todo, de esconder durante mucho tiempo un objeto personal en un medio como éste. El ladrón no podrá utilizarlo jamás en pú-

blico porque inmediatamente sería reconocido.

La consecuencia más evidente de todos estos procesos es la introducción inevitable del principio de desigualdad basado en el dinero y, por tanto, simplemente la introducción embrionaria de las clases sociales: poco a poco habrá ricos y pobres, realidad que hasta ahora ha estado totalmente ausente de la vida Ye'cwana. Hace un momento hablábamos del espíritu de especulación que introduce irremediablemente el dinero, con su secuela inevitable, el sentimiento de avaricia, que entre los Ye'cwana parece ser un peligro muy grande, vistó el carácter extremadamente cerrado e introvertido de esta gente, y el sentido muy fuerte del esfuerzo personal, basado en una arrogancia poco ordinaria y un orgullo que rara vez se encuentra en otras partes. Pero existe también el espíritu de economía, muy bueno en sí mismo, pero que encierra el riesgo de estimular un egoísmo práctico desastroso para personas que no han conocido jamás las virtudes evangélicas del desprendimiento de sí mismo, de la humildad y de la abertura hacia otro. Para un Ye'cwana, lo que se debe se debe, y jamás perdonará ni un centavo, como también es muy raro el sentido del gesto gratuito. En esta dirección, el Ye'cwana corre el riesgo de ser rápidamente un notable comerciante, fuertemente materializado. Esto puede parecer un progreso para una sociedad materialista como la nuestra, en donde la preocupación por la eficacia es uno de los criterios más absolutos; este hecho, por tanto, no puede menos que incitar al misionero, y a todo antropólogo que se respete, a tratar por todos los medios de aportar en este contexto los nuevos valores espirituales indispensables a toda vida verdaderamente humana; para el misionero, por tanto, aportar toda la verdad evangélica. No olvidemos nunca que el progreso técnico y la riqueza solos no son signos evidentes de una civilización superior. Civilizar es, ante todo, espiritualizar.

Pero, dirán algunos, ¿no sería mucho más simple evitar a todo costo que el dinero se introduzca en esta civilización primitiva? Es fácil reconocer que la pregunta se justifica a primera vista. Tantos peligros con tan pocas probabilidades de progreso verdadero; es necesario reconocer que toda evolución o transculturación de los primitivos envuelve problemas humanos de primera importancia, y que, a menudo, entre los partidarios absolutos del progreso material hay una confianza irresponsable bastante ingenua.

Y, por tanto, es necesario ser realista. Es demasiado tarde en nuestro mundo de 1969 para querer impedir la invasión de la civilización técnica mediante medidas co-

ercitivas o por medio de cualquier otra barrera, por más fuertes que sean. Hay una evolución en nuestros días que no se puede ya detener, y sin temor a equivocarse se pueden repetir las palabras de Harvey Cox: "Ya no queda ningún lugar de refugio en nuestro encogido globo para el Noble Salvaje. Los pozos petrolíferos motean nuestras reservas de indios, y la industrialización está avanzando en Africa. Quizás estemos viviendo en la última generación en que quizás será posible estudiar los pueblos primitivos directamente." (Harvey Cox, "La Ciudad Secular", páginas 30-31.)

Es necesario, pues, ser veraz; y aquí el debate va más profundamente. La evolución, con los peligros que ella comporta, ¿es irremediablemente un mal? ¿No es, por el contrario, la ley normal del hombre y del grupo humano? ¿No es ella, en último término, la ley de la vida, y el gran riesgo que lleva consigo no es el riesgo normal, el riesgo evidente del hombre dotado de libertad, de voluntad y de inteligencia? El animal no corre riesgos; el hombre, sí; y esto es su nobleza.

Ahora bien, todo primitivo es un hombre, en el sentido más noble de la palabra; creatura hecha a la imagen y semejanza de Dios.

Y para volver al problema planteado en este artículo, el del dinero y su influencia sobre la psicología del hombre y todo su comportamiento en sociedad, ¿no podemos pensar que hay como tres estadios en la vida de todo hombre, de todo grupo humano y de toda la humanidad? El primero se caracterizaría por el estadio "pre", aquel en que los problemas no se presentan todavía o surgen simplemente a un nivel extremadamente reducido (1). Como ejemplo pondría lo siguiente: el de los obreros andaluces que hemos conocido en España, compartiendo su trabajo manual, que trabajan en una empresa en donde eran explotados vergonzosamente, que no habían alcanzado todavía el desarrollo necesario para concebir un inicio de rencor frente a la explotación injusta, ni el grado de dureza que da la conciencia de clase en lucha por la justicia.

A pesar de su subdesarrollo, daban una impresión real de alegría. El caso de los primitivos es semejante a pesar de los términos diferentes. Habiendo vivido al margen de grandes corrientes de la civilización y la cultura universales, no han evolucionado más allá de su "pequeño" universo; tienen todavía la riqueza de su humanidad original, son una tierra virgen para la evolución, que les hará perder mucha de su pureza; pero tienen derecho de dar a la humanidad un cierto aporte de fuerzas

nuevas, integrándose y recibiendo a su vez valores respecto a los cuales, sin culpa de su parte, han sido hasta ahora totalmente ajenos. Están todavía en ese sentido en un estadio "pre". Este es también el estadio del hombre que no conoce todavía el dinero.

El segundo podría caracterizarse por la toma de conciencia progresiva del universo, de la integración del individuo en un todo cultural que alcanza verdaderamente lo universal, con toda su ambivalencia de progreso y de caída, por un desarrollo del uso de la libertad, dirigido por la razón o la sinrazón, por una cierta dominación espiritual o, al contrario, por una cierta esclavitud espiritual. Este es el estadio del riesgo para el bien o para el mal, del hombre en posición de valores humanos que tocan a los límites de lo universal. Es el estadio en que el hombre se debate sin cesar entre la esclavitud y la libertad frente al dinero.

El tercer estadio es el de la verdadera libertad que, en la vida corriente, sólo alcanzan algunos; es la libertad de autonomía del hombre que ha fijado su opción sobre los verdaderos valores, los que fundamentan la expansión del ser humano. Es la libertad de los hijos de Dios, que han alcanzado la verdad tal como puede alcanzarse en la tierra. "La verdad os hará libres" (J. 8, 32), dijo Cristo, porque, en efecto, "habéis sido llamados a la libertad" (Gal. 5, 13), nos dice San Pablo, quien en un texto bien conocido nos afirma que "los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutaran del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo" (1 Cor. 7, 29-31). Si este estadio no es alcanzado en la vida corriente más que por algunos, constituye un llamado constante a la conciencia del hombre, que deberá al menos alcanzarlo en el momento clave de su vida: la muerte.

Quede bien entendido que esta clasificación en tres estadios no puede ser cortada como con un cuchillo; y que según las luces de cada uno bajo la influencia de la Gracia divina, ciertos primitivos pueden muy bien alcanzar el estadio de desprendimiento, aun perteneciendo en su conjunto al estadio "pre" que hemos indicado anteriormente. En fin de cuentas, Dios se ríe de nuestras clasificaciones porque uno de nosotros será juzgado según el amor.

(1) Al emplear este término no queremos decir que estamos de acuerdo con los que, hace algunos años, decían que los primitivos pertenecían a un estadio "prelógico" y, por tanto, prehumano.